

De Gómez de la Serna

VARIACIONES

Inédito para LA RAZON

El genio del contraste—

Sobre lo que mejor se edifica la idea de la realidad es sobre el contraste. España se caracteriza literariamente, por cómo sabe hallar los contrastes.

Ni la melifluidad, ni la divagación sin fin, ni la exquisitez sostenida, ni la discreción pulimentada dan sensación de arte en nuestro mundo literario.

España necesita el contraste, que está hallado el contraste.

Este contraste literario que es lo que mejor habla el castellano y para lo que más sirve la lengua, no es el claroseuro o sea un vulgar procedimiento de contrastar lo blanco con lo negro.

El contraste que hay que hallar para cada cosa es diferente siempre y su color es un color indefinido en escalas variadísimas. Cada cosa, por decirlo así, necesita un logaritmo entre los contrastes.

El contraste no puede ser rebuscado y aunque parezca encontrárselo si truco no puede tenerlo si es espontáneo y de alguna manera hijo de la genialidad del contraste.

En el mismo arte español, en el anónimo, en el que el sentido grave del arte toma más calidad, siempre los contrastes refuerzan la realidad y la mujer bellísima tiene media cara descarnada y en el árbol de la vida se celebra un saculento banquete y mientras la muerte da laelazos en su tronco y ya lo tiene seccionado como si se fuese a dividir en dos plantas.

El contraste tiene que ser disimulado

en cada ocasión con nuevas estrategias y debe ser tornavoz con el timbre especial que en cada obra tenga la voz inicial.

El verdadero genio del contraste está en darse cuenta del contraste antes de encontrar la cosa que lo provoca.

¡Qué apoyatura más maravillosa es la del contraste poblado de estribaciones y con perspectivas de formidables grutas!

Sólo la literatura rusa ha sabido encontrar el contraste de la realidad de un modo parecido al de España, y todo en ella se proyecta frente a la pared patinada con la pátina cruda del contraste.

La imitación de la greguería—

La greguería es como el específico de mi invención. El específico del que apenas puedo dar explicaciones porque lo he fabricado con la infusión de plantas originales de mis selvas.

De un lado y de otro me envían «greguerías» amañadas que con gran generosidad me regalan los comunicantes.

Yo daría las gracias, pero, generalmente, son anónimos los que me los envían, y ni siquiera tienen un número en la lista de correos con el que poder atinar al contestarles.

Muy a menudo desentramos al abrir nuestras cartas que viene entre sus pliegos un talón de greguerías. Igual que se distingue rápidamente el resguardo amarillo de las compañías de ferrocarriles, igual distingo cuando hay

en la carta un resguardo de «greguerías».

No desconfío nunca de ellos en principio. Cada playa puede tener la novedad de conchas diferentes. Para un coleccionista, por muchas que posea, siempre es encantadora una original.

Pero generalmente, me quedo defraudado con sólo leer la primera. Es casi siempre una infatuación personal del que escribe, en vez de llegar con la sencillez de la greguería a una provocación de ecuanimidad en que todos los egoísmos se reconocen sin repugnancia.

Otras veces aunque vengan con cierta complicación, hay en ellos un principio de acierto y de atisbo. En la caja de naranjas no todas son agrias y daltosas; ¡había una que tenía el debido agrídulce!

Alguna vez me dan ganas de utilizar alguna de las que me regalan, pero jamás lo llegué a hacer porque parecía feo, algo así como el ufanarse de un robo. Además, aprovechando una de esas greguerías enviadas por autores anónimos contraería una deuda con el autor y eso día en que sólo se ha salido con un duro en el bolsillo, tendríamos que dárselo irremisiblemente al que se nos acercase, perjurando que era de él la greguería publicada en nuestra mañana.

Entre las últimas recibidas, he escogido estos eseritos en letras distintas y con máquinas de escribir de distinta marea:

«¿Por qué no saludan militarmente los carteros a los oficiales de correos? Esta abstención me parece la mayor indisciplina de los soldados del ejército postal».

«La tetera tiene aspecto de mujer hidrópica».

«Los pollos con botines llevan párpados en los pies dormidos».

«Siempre habréis creído refinado si-



La señora, que sale dejando a su marido dormido — Es curioso... Me parece que he olvidado alguna cosa.

baritismo el del señor que luce flamante sombrero de paja en los últimos días de la temporada. Para nosotros es un hombre práctico a quien no le crece la cabeza».

Son generalmente pretensiosos, desdenosos, entregados a un «yo» que no saben con cuántos cuidados disimulos y lijamientos hay que cansarlo. Parece que es el mismo nuestro y sin embargo no lo es, y resulta impertinente como él solo. Lo que yo creo que es una observación personal me atrevería a decir que lo consulto con las «sombras», unas sombras que no me atreveré a decir que son espectadores o público, pero que son unos seres puestos en fila alrededor de las paredes de mi cuarto como en los subterráneos de esos conventos en que la comunidad muerta está vestida aun con sus hábitos adobados.

Gómez de la Serna

